

¿Es posible ser cristiano en Europa?

Víctor Codina, S. J.
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

1. La noche oscura europea

En 2018, después de 36 años de trabajar en educación y pastoral en Bolivia, regresé a Barcelona y me he encontrado en Europa con un panorama muy diferente al boliviano y latinoamericano. No solo a nivel económico, social, político y cultural, sino también eclesial y religioso.

Los países del sur, Asia, África y América Latina, son profundamente religiosos, sede de grandes religiones ancestrales y de una sabiduría milenaria anterior al cristianismo. Europa, en cambio, vive una profunda crisis no solo eclesial, sino también cristiana y religiosa. Es un mundo muy secularizado, en medio de un gran pluralismo religioso. Sin embargo, esta crisis occidental europea ya está llegando también a los demás continentes, sobre todo, a las grandes ciudades y al mundo juvenil. En este sentido, acercarnos al mundo europeo puede ser importante y aleccionador.

Las estadísticas confirman que en Europa aumentan las personas no adscritas a ninguna religión, que el número de cristianos practicantes se reduce, que las nuevas generaciones viven muy alejadas de la Iglesia, que las vocaciones al ministerio y la vida religiosa disminuyen y que el cristianismo europeo envejece. En relativamente pocas décadas se ha pasado de una sociedad europea de raíces y cultura cristiana a otra sociedad donde el cristianismo es culturalmente irrelevante. Dicho de otra manera, ha sido expulsado de la cultura.

A esta situación ha contribuido el impacto negativo de la actual Iglesia institucional, que, lejos de ser un signo de credibilidad, como afirmó el concilio Vaticano II, constituye hoy para muchos el mayor obstáculo para la fe: escándalos de pederastia en miembros representativos de la institución y de la

economía vaticana, clericalismo y patriarcalismo, desfase teológico y cultural en la doctrina y el dogma, moral legalista y casuística, antropología dualista, pastoral del pecado y del miedo, liturgia ininteligible, clerical y aburrida, muy alejada del pueblo. Contradictoriamente, el bautismo de niños sigue siendo la forma habitual de iniciación cristiana, pese a que la sociedad ya no es sociológicamente cristiana.

Para muchos, el cristianismo y la Iglesia son lo *dèjà vu*, algo ya conocido y en desuso, desgastado, retirado en el baúl de los trastos viejos. Para otros, es la personificación de lo peor de nuestra cultura. No es extraño, pues, que muchos, en particular, la juventud, se sientan alejados de la Iglesia. Y si es difícil ser cristiano en Europa, mucho más difícil es ser cristiana en una Iglesia patriarcal y machista, que margina a las mujeres.

No se trata de preguntarnos cómo ser cristiano en el mundo europeo de hoy. La pregunta es más radical: ¿tiene sentido ser cristiano en la Europa actual? ¿Es posible ser cristiano, pero sobre todo, ser cristiana? El desafío no es solo pastoral y eclesial —“otra Iglesia es posible”—, sino mucho más radical. Es un problema de creencia en Dios y de fe en Jesús. Europa es tierra de misión. Dios se ha convertido en un extraño en nuestra casa. En un Dios ajeno, distante y en el exilio (L. Duch¹).

La modernidad y la postmodernidad han socavado todas las certezas que se daban por descontadas y ha aumentado la cantidad de agnósticos e indiferentes. No se vive el ateísmo duro, típico de los siglos XIX y XX, sino una falta de interés por la trascendencia, no interesa lo que va más allá de la vida cotidiana, del trabajo, del dinero, de la comida, de la salud, del consumo, del sexo, del bienestar y de la seguridad de una vejez tranquila. Seguramente, lo que predomina en muchos ambientes europeos es un materialismo craso, la burbuja de la indiferencia, donde la economía, los medios de comunicación, la política y la ciudadanía reflejan un ambiente burgués.

Basta recorrer el centro de importantes ciudades europeas, como París, Barcelona, Milán o Berlín, para comprobar el contraste entre la ostentación de lujo y consumo de sus avenidas y la situación de los barrios periféricos, donde vive gente trabajadora, con sueldos que apenas permiten llegar a final de mes, con contratos basura, con viviendas hipotecadas y desahucios, con situaciones de paro juvenil y migrantes sin papeles, con gente en la calle sin techo.

1. L. Duch, *El exilio de Dios* (Barcelona, 2008).

Europa ha pasado de ser una sociedad con raíces cristianas en su origen a ser una sociedad anticristiana en sus resultados, una sociedad post-cristiana y pagana en muchos lugares, un tanto decadente, muy alejada de los prohombres cristianos que forjaron la Unión Europea.

2. Signos de esperanza

Algunos autores opinan que la secularización ya no tiene la fuerza de años anteriores y que, por el contrario, aumentan los sectores con cierto deseo de espiritualidad, muchas veces ambiguo y exótico. Algunos buscan una cierta forma de gnosis, una búsqueda de iluminación y salvación interior, una experiencia de autosalvación, una nebulosa esotérica tipo *New age*, que no acepta la imagen tradicional de Dios. Es un inmanentismo antropológico, una fe encerrada en el subjetivismo, una doctrina sin misterio, una espiritualidad desencarnada (*Gaudete et exultate*, 36-46).

Se está pasando de la sociología a la psicología, de la figura mítica de Prometeo a la de Narciso, que se enamora de su propia imagen, reflejada en el agua. En este ambiente de pluralismo religioso crece la atracción hacia espiritualidades orientales —budismo, hinduismo, el *advaita vedanta*...—, hacia el silencio y la contemplación, el yoga, el zen, el *mindfulness*, la autoayuda. Otros se adscriben a la religión de la tierra sagrada, la *Gaia*. Aumenta el número de los que defienden una creencia sin pertenencia y una espiritualidad sin religión, sin creencias y sin Dios.

Dentro de esta búsqueda de espiritualidad, hay algunos sectores que se interesan por la mística, tanto cristiana —el Maestro Eckhart, Hildegarda de Bingen, Juan de la Cruz...— como judía, hindú, budista, sufí o de las religiones originarias. El teólogo J. B. Metz resume sintéticamente el proceso de la sociedad europea de la siguiente manera: se comenzó afirmando “Jesús sí, Iglesia no”; luego, se dijo “Dios sí, Cristo no” y “religión sí, pero Dios no”; y, por último, “religión no, pero espiritualidad sí”. ¿De qué espiritualidad se trata?

A pesar de todo ello, muchos jóvenes y adultos, más allá de sus convicciones espirituales o religiosas —post-cristianas, agnósticas, indiferentes, ateas...—, trabajan por los demás, por los pobres, por los migrantes, por los desahuciados y sin techo, por los jóvenes en paro, por los ancianos, por la gente de la calle. Son voluntarios de instituciones solidarias, comprometidos en la defensa de la mujer y del medioambiente, y en contra de la tortura. Trabajan en educación y en salud o en organizaciones que defienden los derechos humanos, la paz y la justicia. Muchos dicen que no necesitan la fe para ayudar a los demás y para buscar una sociedad más justa.

A esto cabe agregar la situación actual de pandemia. La covid-19 ha hecho añicos la prepotencia y la seguridad predominante. El virus ha expuesto la vulnerabilidad de todos y a todos nos amenaza con la muerte, lo cual ha suscitado nuevas preguntas. ¿Hay algo más allá de la muerte? ¿Tiene sentido la vida? ¿Dónde está Dios?

En los Hechos de los Apóstoles hay una narración extraña, pero significativa y actual. El Espíritu Santo impide a Pablo llevar la palabra a los judíos de Asia y Bitinia y, en cambio, lo invita a evangelizar el mundo occidental gentil: Macedonia, Grecia y Roma (Hch 19,6-10). El Espíritu cierra y abre puertas, cierra las puertas al pasado y abre las puertas al futuro. Siempre es desconcertante y sorprendente.

En síntesis, ¿es todavía posible ser cristiano o cristiana hoy en Europa? En el mundo secularizado actual, ¿puede la Iglesia ofrecer un camino hacia Dios y hacia Cristo?

3. Necesidad de una nueva mistagogía

La mistagogía, que forma parte de la tradición de las religiones, es una iniciación en el misterio, a través de enseñanzas orales, mitos y ritos, encaminados a transformar el estatuto religioso y existencial del iniciando. Al final del proceso, el neófito goza de un estatuto totalmente diferente al del comienzo, se ha transformado en otro².

En todas las iniciaciones se dan ciertas constantes. La primera es la *segregación*. Toda iniciación implica cierta separación local: ir a un sitio nuevo y desconocido, que simboliza una ruptura con la vida anterior. La segunda es la *iniciación en los mitos originarios*, a lo sucedido en el tiempo primordial, *in illo tempore*. Esos hechos son ahora transmitidos oralmente por “los ancianos” como memoria colectiva de la comunidad. La tercera constante son *las pruebas y los ritos iniciáticos*, el núcleo de la iniciación. Las pruebas y los ritos provocan “la muerte” simbólica y ritual del aspirante al pasado y lo devuelven al caos primordial, al punto cero. Así, puede nacer de nuevo y renacer a un mundo diferente. La última constante es *la vuelta al mundo como persona nueva*, transformada por dentro e integrada en una comunidad. Es un nuevo nacimiento, una nueva semilla, un neófito.

2. M. Eliade, *Nayssances mystiques* (París, 1959).

4. La mistagogía eclesial: el catecumenado

La Iglesia primitiva, surgida en el seno del imperio romano pagano y decadente, asimiló los elementos comunes de la mistagogía y los incorporó, radicalmente transformados, en la iniciación cristiana. La transformación tiene lugar desde el misterio pascual: anunciar la buena nueva de Jesús muerto y resucitado, morir al pasado y nacer a una vida nueva en el Espíritu, a través de los símbolos y ritos sacramentales³.

La iniciación cristiana comienza a organizarse en el siglo II, a través del catecumenado. Después de una etapa inicial, llamada candidatura para quienes provenían del paganismo, seguía un proceso de tres años de duración, en el cual se experimentaban las dimensiones comunes de toda mistagogía: segregación del mundo pagano e ingreso en el grupo de los catecúmenos, para lo cual había que renunciar a algunas profesiones incompatibles con la fe cristiana, e iniciación en las fuentes de la fe cristiana, en la Escritura, en la caridad y la oración, en particular, el Credo y el Padrenuestro.

Antes de dar inicio a la liturgia sacramental, tenía lugar una ceremonia sumamente simbólica: la renuncia al mal, mirando al occidente, y la profesión de la fe, mirando al este. Seguían luego los tres momentos sacramentales: el bautismo, una muerte ritual, simbolizada por la inmersión y la salida del agua del baptisterio, expresión del nacimiento a la vida nueva, que brota del misterio de la muerte y resurrección de Jesús; la unción con el crisma, expresión sacramental del don del Espíritu, que confirma y manifiesta que él es quien libera del pecado y confiere una vida nueva en la Iglesia; y la participación en la eucaristía de los recién nacidos a la fe, o neófitos, culmen de la iniciación cristiana e integración plena en la comunidad eclesial, centrada, precisamente, en la eucaristía pascual.

En muchas iglesias antiguas, la iniciación era completada con una catequesis, llamada mistagógica, que tenía lugar en la semana de pascua. Esta catequesis intentaba profundizar en los misterios sacramentales ya recibidos, pues se tenía la convicción de que hay verdades que solo se comprenden después de haberlas experimentado.

Dadas las circunstancias actuales, es necesario y urgente recuperar esta experiencia de la primera Iglesia. K. Rahner, guiado por una certera intuición del futuro que comenzaba, pidió, en 1966, después del concilio Vaticano II, una mistagogía.

3. V. Codina y D. Irarrázaval, *Sacramentos de iniciación* (Madrid, 1987).

Se necesita una mistagogía o iniciación a la experiencia religiosa que muchos estiman no poder encontrar en sí mismos [...]. La mistagogía es la que habrá de proporcionar la verdadera “idea” de Dios, partiendo de la experiencia de que la base del hombre es el abismo, de que Dios es esencialmente el Incomprensible, de que su incomprensibilidad, en lugar de disminuir, aumenta a medida que se le va conociendo mejor, a medida que Dios se acerca a nosotros en su amor que se da a sí mismo⁴.

Un texto lúcido de Benedicto XVI corrobora la petición de Rahner: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, I).

En consonancia con estos planteamientos, proponemos un proceso iniciático o mistagógico para posibilitar ser cristiano hoy en Europa occidental. El primer paso, común a toda mistagogía, es *la segregación* típica de toda iniciación. No entendida en sentido geográfico, sino existencial. El encuentro vital con el Jesús de Nazaret del evangelio únicamente será verdadero para un europeo si está ligado al mundo de los pobres, al de las víctimas, al mundo del sur y del este, que Europa ha explotado y dominado durante siglos y que aún continúa dominando, a través de estructuras y empresas multinacionales. La cultura del bienestar y del progreso europeo tiene oscuras raíces coloniales en el pasado y fundamentos neoliberales actuales. Por tanto, es necesario un giro postcolonial.

Dicho de otro modo, el encuentro con Jesús de Nazaret implica una conversión no solo personal, siempre necesaria, sino también social y estructural, respecto a una sociedad y a una cultura colonial, machista y neoliberal, cuyo paradigma tecnocrático excluye a personas de otras etnias, culturas y orientación sexual, y ha destruido y sigue destruyendo la creación, nuestra casa común.

No podemos acercarnos a Jesús desde el mundo europeo occidental sin escuchar la voz de los pobres, de los mártires, de los inocentes y de las víctimas de las estructuras de pecado, cuyo clamor llega al cielo. No podemos encontrarnos con Jesús si cerramos los puertos a los refugiados que huyen de sus países en pateras o barcasas. En palabras de J. B. Metz, nuestra mística ha de ser “de ojos abiertos”, ha de ser memorial de la pasión de Jesús y de los crucificados de este mundo. Mientras vivamos anestesiados en una burbuja de bienestar e indiferencia, es imposible abrirse a los otros y al Otro.

4. K. Rahner, “Espiritualidad antigua y nueva”, en *Escritos de teología*, t. VII, pp. 25-26 (Madrid, 1966).

Así, pues, el segundo paso de la mistagogía que proponemos es *la apertura a la trascendencia*. La realidad muestra algunas rendijas que nos abren al misterio. Además de maravillarnos ante la belleza de la creación y del arte, hemos de vivir la indignación por el mal del mundo, la injusticia, la guerra, la destrucción de la naturaleza, la impunidad de los delitos, la corrupción, la mentira y el egoísmo de los dirigentes políticos, las víctimas de abusos sexuales y la hipocresía de personajes con aura religiosa. La pandemia plantea interrogantes, que abren caminos novedosos hacia la trascendencia: ¿aquí acaba todo?, ¿tiene sentido la vida?, ¿es el suicidio lo único válido ante el mal del mundo?, ¿qué hay después de la muerte? No estamos ante un problema o un enigma, sino ante un misterio: la trascendencia, el absoluto, el todo, el uno, el ser, la causa, Dios.

El tercer paso consiste en el *encuentro personal con la figura de Jesús de Nazaret*. Si la apertura a la trascendencia nos cuestiona sobre el sentido de nuestra vida, la mistagogía cristiana ofrece gozosamente elementos positivos para que aquella no se convierta en algo difuso y vago, sino que se concrete en un encuentro personal con el Señor. Dicho encuentro nos puede proporcionar un horizonte y un nuevo sentido a nuestra vida.

El encuentro personal con el Jesús histórico de Nazaret es anterior a la doctrina, la moral, el rito y la Iglesia institucional. La lectura pausada, meditada y orante del evangelio nos facilita el acceso a él. El encuentro no es solo racional, sino también vital, afectivo y novedoso. Bajo la fuerza del Espíritu, abre a su estilo de vida y suscita gozo interior, simpatía y sintonía. Es el paso del Jesús histórico al Cristo de la fe, acompañado por el conocimiento interno y el compromiso hasta el seguimiento⁵.

El cuarto paso consiste en *la muerte y la vida iniciativa que abren a la fe*. En el encuentro con el Señor hay un antes y un después. Es el paso de la vida satisfecha y autorreferencial, caracterizada por cierto vacío existencia y por la experiencia de la oscuridad del ser humano limitado y pecador, a una nueva vida, ofrecida como gracia y don. El paso no es fácil, ni sencillo, porque es la experiencia de un nuevo nacimiento. Es necesario morir al pasado autosuficiente, meramente terreno y humano, y abrirse a una vida nueva, diferente. Nacer de nuevo y abrirse a Alguien para ponerse en sus manos, confiar en él. Todo es gracia, don y atracción interior, desde una experiencia vital, que supera todo moralismo y racionalismo. El gozo interno llena la existencia de luz y abre nuevos horizontes. En términos ignacianos, es el paso de la desolación a la consolación.

5. J. A. Pagola, *Jesús. Aproximación histórica* (Madrid, 2017).

Jesús no solo nos ofrece una vida plenamente humana, que nos humaniza, sino también nos permite llamar a Dios Padre (Madre), es decir, nos hace partícipes del misterio comunitario de la vida de Dios y, así, nos diviniza, lo cual constituye la plenitud de la humanización. Dios se encarna para divinizarlos, es decir, para darnos vida en plenitud, para darnos su Espíritu.

El quinto paso consiste en *descubrir la dimensión eclesial de la fe*. Este largo proceso de encuentro gozoso con Jesús nos conduce a reconocer que ha sido una comunidad cristiana la que nos ha ofrecido su memoria, a través de los evangelios. Gracias a esa comunidad, esto es, la Iglesia, hemos llegado a encontrarnos con Jesús, cuya memoria ha sido transmitida por la tradición eclesial de sus testigos, “los ancianos” de la iniciación cristiana.

El seguimiento de Jesús es personal, pero no individual, sino comunitario. Consiste en formar parte de una comunidad que, desde el pueblo de Israel, ha caminado hasta la pascua de Jesús y cuya vida gira alrededor de su misterio. La Iglesia es el pueblo de Dios, que camina conjuntamente hacia el reino, movida por el Espíritu de Jesús. Así, pues, no estamos solos, sino que conformamos el pueblo de Dios, una comunidad humana y divina, santa y pecadora, necesitada continuamente de la misericordia divina y de un nuevo comienzo. Es la Iglesia del Espíritu, que prosigue la misión de Jesús hacia el reino.

La Iglesia no es simplemente organización y burocracia, sino un permanente pentecostés, imagen de la comunidad trinitaria, pueblo de Dios y cuerpo de Jesús. El Espíritu nunca abandona a la Iglesia. Hay que descubrir, pues, su dimensión espiritual y mística. Es un engaño querer seguir a Jesús al margen de la Iglesia. Por eso, el seguimiento de Jesús comienza con la celebración sacramental del bautismo, que abre las puertas de la comunidad eclesial y culmina en la eucaristía.

5. La catequesis mistagógica

Hoy en día, las catequesis mistagógicas post-bautismales de la Iglesia primitiva encontrarían continuidad en la formación cristiana —bíblica, teológica, moral, litúrgica, pastoral y espiritual— de los iniciados. Un proceso de formación permanente o catecumenado de adultos, según la teología del Vaticano II y del postconcilio, en concreto, del magisterio del papa Francisco —*Evangelii gaudium*, *Laudato si'*, *Amoris laetitia*, *Gaudete et exultate* y *Querida Amazonia*.

Es necesario presentar la fe en el lenguaje y la cultura moderna y postmoderna de hoy y ofrecer un nuevo estilo de ser Iglesia⁶. Pero para ello hay que clarificar algunos puntos conflictivos:

- Leer la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, no de manera literal, ni fundamentalista, sino teniendo en cuenta los avances de la exégesis crítica, de los géneros literarios, de las enseñanzas de la *Dei Verbum* y del magisterio eclesial.
- Aproximarse a la cristología desde abajo, como los discípulos, desde el acercamiento a Jesús de Nazaret y desde allí abrirse al misterio pascual de su divinidad y su revelación trinitaria. La encarnación no debe ser considerada solo remedio del pecado (*oh felix culpa*), sino parte central del proyecto creador del Padre, quien, por medio de Jesús y de su Espíritu, comunica su vida y su amor a la humanidad y al mundo: Dios se encarna para divinizarlos y para comunicarnos su Espíritu.
- Interpretar la muerte de Jesús en la cruz no como venganza del honor del Padre ofendido por el pecado humano, que exige la reparación infinita de la muerte sangrienta del Hijo, sino como fruto del amor y de la entrega de Jesús a la humanidad, de su pro-existencia histórica, al servicio del reino de Dios y del proyecto amoroso del Padre.
- El Resucitado es el Alfa y el Omega, el principio y fin de la creación, la primicia de una nueva humanidad, de los nuevos cielos y la nueva tierra, el comienzo del cosmos y del reino escatológico.
- Reemplazar la visión del Padre todopoderoso y omnipotente por la del Dios Padre-Madre misericordioso, creador del cielo y de la tierra, que ha enviado a su Hijo para comunicarnos su vida, cuya voluntad es que preservemos la creación y la desarrollemos con respeto y justicia.
- Proponer una teología del Espíritu como Señor y dador de vida, que vivifica y dinamiza la Iglesia y se derrama sobre la humanidad, de tal manera que está presente en las tradiciones culturales, espirituales y religiosas de todos los pueblos y que transfigura el mundo para llevarlo a la plenitud escatológica de los cielos nuevos y la tierra nueva.
- Confesar el misterio de la Trinidad comunidad de amor, que se autocomunica al mundo, verdadero hogar y mesa de comunión y de vida, familia abierta y fuente de unidad, de diversidad y de gozo.

6. V. Codina, *Sueños de un viejo teólogo* (Bilbao, 2017).

- Sustituir la Iglesia clerical por la Iglesia pueblo de Dios, conformada por todos los bautizados, que caminan conjuntamente hacia el reino de Dios, y, por eso, una Iglesia en salida, con las puertas abiertas, pobre y de los pobres, hospital de campaña y samaritana, profética y pascual, alegre y misionera. Una Iglesia que evangeliza por la fuerza del Espíritu y cuyos pastores huelen a oveja. Una Iglesia sinodal, es decir, en camino y en diálogo, donde todos enseñan y aprenden.
- Explicar que lo que ofende a Dios de nuestro pecado es aquello que daña y perjudica a las demás personas, al prójimo.
- Reformular el concepto del pecado original como mancha heredada por todo recién nacido desde la procreación, por el concepto de pecado original como el pecado del mundo, que contamina la historia y nos afecta personal y comunitariamente, pero del que Jesús nos libera, dado que él es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn 1,29).
- Ofrecer, incluso favorecer, el bautismo de las personas adultas, previamente catequizadas, para que puedan asumir su fe en la Iglesia de forma libre y madura, ya que el bautismo infantil, aun cuando en sí mismo tiene sentido, es irrelevante, tanto en la sociedad europea post-cristiana como en la agonizante Iglesia de la cristiandad actual.
- Ampliar la visión de la eucaristía para incluir no solo la presencia del Señor y la memoria de su pasión, sino también la presencia pascual del Resucitado y el reconocimiento del convite o la cena de Jesús, el símbolo central, ya que la fracción del pan nos abre a la comunión con él y con los hermanos, sobre todo, los más necesitados. En efecto, en la eucaristía, Jesús parte, reparte y comparte su vida con nosotros y nosotros con los demás. Más aún, la eucaristía posee una profunda dimensión ecológica, pues la materia de este mundo anticipa el banquete del reino y la transfiguración del cosmos.
- Abrir el ministerio ordenado de la Iglesia a los hombres casados, según la tradición antigua y la de las iglesias orientales católicas, que separan el celibato del presbiterado; y a las mujeres, pues no existen argumentos bíblicos y teológicos serios que lo prohíban, aparte de que darían a la Iglesia un rostro muy diferente.
- Consultar a la comunidad, la selección y la formación de los ministros ordenados, en particular, el nombramiento de los obispos, tal como sucedía en la tradición eclesial antigua.

- Revalorar la misión de los obispos, de las conferencias episcopales y eclesiales, como la de la Amazonía, y de los sínodos, y, al mismo tiempo, cuestionar algunas instituciones vinculadas al pasado, como los cardenales y los nuncios.
- Repensar la misión del papa como obispo de la Iglesia de Roma, sede martirial de Pedro y Pablo, que preside las iglesias en la caridad; revisar las adherencias históricas que lo han convertido en jefe del Estado Vaticano y buscar formas de organización del papado y de la curia vaticana más evangélicas y adaptadas al mundo de hoy.
- Considerar la vida religiosa, apostólica y contemplativa como carisma del Espíritu, que ofrece la posibilidad del seguimiento profético de Jesús, en el mundo actual, al servicio de los pobres, como confesión de fe y como oferta de espiritualidad, en un mundo secularizado. Asimismo, conviene revisar las estructuras y tradiciones obsoletas, trabajar en estrecha colaboración con los laicos y ser más fermento místico que cemento, desde la minoridad y la pequeñez.
- Plantear la escatología desde la profundización en el misterio pascual del Resucitado y desde la esperanza en el Dios Padre-Madre compasivo, cuya justicia es la misericordia, que nos perdona y nos recibe en el reino, mediante un juicio donde los pobres serán nuestros jueces.
- Revisar la moral y la pastoral, muy centradas en la sexualidad, para pasar del miedo al castigo a la vida cristiana responsable y abierta a lo eclesial, a los pobres, a lo social y a lo ecológico. La moral y la pastoral deben consistir en un llamado continuo a la conversión al Señor y a la justicia, la libertad y la igualdad, esto es, a los valores del reino. La moral, en particular, debe respetar la dignidad y la santidad de la conciencia personal y reconocer la necesidad del discernimiento, en diálogo interdisciplinar con la antropología y las ciencias sociales.

Intentar la formación cristiana sin pasar por el proceso iniciativo, es perder el tiempo y resulta contraproducente. ¿No será esto lo que ha sucedido con tantos centros de formación cristiana y religiosa para laicos?

6. Conclusión narrativa

Todavía estamos impactados por el terrible incendio de Notre Dame en París, símbolo del arte, de la cultura, de la historia y de la fe cristiana de Francia y Europa. La reacción de dolor y solidaridad mundial para reconstruirla es

comprensible. Más allá de las cuestiones técnicas y las críticas a las donaciones de las grandes fortunas, surgen algunas interrogantes.

La ruina de la catedral simboliza una sociedad y una Iglesia medieval francesa, más aún, una Europa de profundas raíces cristianas, que ya han desaparecido. Francia y Europa son países de misión. Dios está en el exilio.

La reconstrucción de Notre Dame no es una cuestión meramente arquitectónica, pues obliga a preguntarnos si solo queremos reconstruir un monumento del pasado medieval de la Iglesia de la cristiandad del segundo milenio, o si hemos de plantearnos también el sentido de la fe cristiana en la Europa del presente.

Es legítimo reconstruir la catedral de París, porque el sentimiento cultural y religioso necesita símbolos concretos y visibles de la trascendencia. Pero no podemos olvidar que la Iglesia no está conformada por templos de piedra, sino por las piedras vivas de las comunidades cristianas, seguidoras de Jesús de Nazaret, el único y verdadero templo de Dios.

La Iglesia europea no debe reconstruir el pasado de la cristiandad, sino abrirse a la fe y convertirse a la Iglesia del evangelio de Jesús de Nazaret. Una Iglesia pobre, abierta y pascual, que cuida de los pobres y de la tierra y que comunica la alegría del evangelio. La pandemia actual nos impulsa a emprender estos cambios.

El Espíritu del Señor cierra las puertas de una Iglesia de la cristiandad, pero abre las puertas de una fe cristiana renovada. Él es el único capaz de transformar la oscura situación europea en germen de vida y de esperanza. Solo con la ayuda del Espíritu del Señor, que siempre actúa desde abajo y desde el caos, es posible ser cristianos y cristianas en la Europa actual, así como también en los otros continentes.